

Invadía una sensación de soledad. Creía que iba á entrar dando gritos de triunfo al salir su hermana; y la casa no la alegraba, sentía cierto mal-estar..... Acaso aquello era efecto de la luz tan melancólica. Francisca y su marido acabaron por encontrarse en plena obscuridad, sin haber tenido siquiera ánimos para encender una luz.

Un ruido los atrajo á la cocina, y reconocieron á Gedeón que había entrado como de costumbre. En el establo mugía la vieja Coliche.

Entonces Juan abrazó á Francisca y la besó dulcemente, como para decirle que iban á ser muy felices.

---

## PARTE QUINTA.

---

### I.

Antes de las labores cubríase la Beauce, hasta donde alcanzaba la vista, de una capa de estiércol. Veíanse por todos los caminos carretas llenas de vieja paja podrida, que despedían un espeso vapor como si arrebatasen su calor á la tierra; y de un extremo á otro de la inmensa llanura esparcíanse y llenaban los aires las acres emanaciones de aquella podredumbre.

Una tarde Juan conducía á su tierra un gran carro de estiércol. Hacía un mes que él y Francisca se habían instalado en la casa, y su existencia había tomado la marcha activa y monótona de los campos. Cuando llegaba, vió á Buteau en la parcela de al lado extendiendo los montones de abonos depositados la semana anterior. Como eran vecinos, se veían forzados á trabajar uno al lado del otro. Acaso el mejor día estallarí una disputa cualquiera y se matarían á golpes de azadón.

CAPITULO ALFONSO

Juan se había puesto á descargar el estiércol de su carro, cuando pasó por allí Hourdequin. El dueño de la granja había conservado un buen recuerdo de su servidor. Detúvose á hablar con él.

—Juan, ¿por qué no has ensayado los fosfatos?

Y sin esperar respuesta, continuó hablando mucho tiempo. Los estiércoles, los abonos, he aquí el punto capital para el cultivo. Él lo había ensayado todo. Su principio era que todo lo que procede de la tierra era bueno para devolverlo á la tierra.

—Con los fosfatos—añadió—he obtenido muy buenos resultados algunas veces..... El porvenir está en ellos, pero antes de que llegue ese porvenir nos habremos muerto.

Las emanaciones del estiércol que Juan removía parecían haber reanimado su rostro, donde se dibujaban hondos pesares; y las aspiraba con un placer de buen macho, como el olor mismo de la fecundación de la tierra.

—Sin duda—continuó después de una pausa—que no hay nada que valga lo que el estiércol de las granjas; pero nunca hay bastante..... Y luego, no se sabe ni prepararlo ni emplearlo.

Y la emprendió contra la rutina, y comenzó á decir de qué modo recogía y utilizaba todos los residuos y suciedades de la granja.

—Sí, es una necedad perder lo que Dios nos da. Mucho tiempo he tenido ideas de delicadeza..... Pero la tía Caca me ha convertido..... Ella estaba en lo cierto; y el manzano á cuyo pie vierte su orinal es el rey de los manzanos, como tamaño y como sabor de sus frutos.

Juan se echó á reír, y saltando del carro, comenzó á dividir su estiércol en montones pequeños, y Hourdequin lo seguía en medio del vaho que los envolvía á los dos.

—¡Cuando se piensa que sólo los excrementos de París podrían fertilizar treinta mil hectáreas!..... Y con todo, se pierde..... ¡Treinta mil hectáreas! ¡Con ello se podría anegar la Beauce y saldrían muy hermosos trigos!

En aquel momento les hizo volver la cabeza una voz. Elisa, de pie en su carro, se había parado á orillas del camino y gritaba á Buteau:

—Oye, voy á Cloyes á buscar al señor Finet..... El padre se ha puesto malo..... Me parece que se muere..... Vé tú por allí á ver.

Y sin esperar respuesta, continuó su camino.

Buteau, sin apresurarse, se puso á extender los últimos montones de estiércol. Aquella enfermedad de su padre era un verdadero fastidio, si no es que se trataba de hacer que lo mimaran. Pero luego pensó que la cosa debía ser seria cuando su mujer se arriesgaba á hacer el gasto del médico y se puso su chaqueta.

Hourdequin se encaminó á la granja al mismo tiempo que Buteau entraba en Rognes, y Juan se quedó sólo acabando su tarea.

Los Buteau vivían en casa de la Frimat, donde ocupaban toda la casa, salvo la pieza que ella se había reservado en el piso bajo para sí y su marido paralítico. Acaso se habrían mudado si no se hubieran apercibido de que su vecindad exasperaba á Francisco. Y decían muy alto, para ser oídos, que segñian allí esperando volver cualquier día á su antigua morada. ¿Cuándo, de qué ma-

nera volverían? No lo decían, pero sa aplomo sacaba de quicio á Francisca; amargándola la alegría de haberse quedado ama de la casa; sin contar que Elisa colocaba algunas veces una escalera contra la tapia del pajar, y se subía á ella para insultarla á gritos. Decía que la habían robado, y andaba siempre lanzando atroces acusaciones de un corral á otro.

Cuando Buteau llegó, encontró á su padre tendido en su cama, debajo de la escalera del granero. Cuidábanle los dos niños, Julio, que ya tenía ocho años, y Laura tres.

—¿Qué es eso?—preguntó Buteau, de pie delante de la cama.

Fouan había recobrado el conocimiento y abrió sus ojos, pero no movió la cabeza.

—¡Vaya, padre, basta de tonterías!.....

Pero el viejo seguía con los ojos abiertos, pero no hablaba. Ya se veía lo que decía el médico. Buteau sintió haber abandonado su campo, y se puso á partir leña en la cocina, para ocuparse en algo.

Elisa llegó en seguida con el señor Finet, que examinó lentamente al anciano, mientras que ella y su marido esperaban con inquietud. La muerte del viejo los habría desembarazado, siendo repentina, porque si duraba la enfermedad costaría mucho; y si se moría antes de que encontrasen su hucha, Fanny y Jesucristo vendrían con seguridad á darles disgustos. El silencio del médico acabó de turbarlos. Cuando al fin se sentó para redactar una receta, se decidieron á preguntarle:

—¿Es cosa grave?..... ¿Acaso durará ocho días?..... ¡Diablo! ¡qué largo es eso que escribís!

El señor Finet no contestaba, acostumbrado á aquellas preguntas de los campesinos.

—¿De modo —añadió Buteau asustado ante la receta—que creéis que con esto se mejorará?

El médico se encogió de hombros. Con la vista puesta en su reloj, volvió á pulsar al viejo, y al irse dijo sencillamente:

—Es cosa de tres semanas..... Volveré mañana. No os asustéis si delira esta noche.

¡Tres semanas! ¡cuánto dinero iba á costar, si todas las tardes hacía una receta como aquélla! Lo peor era que Buteau tuvo á su vez que subir al carro para ir á la botica de Cloyes. La noticia se esparció por Rognes, y apareció la Trouille, que no se fué antes de haber tocado á su abuelo, para ir á decir á su padre que no se había muerto. Después entró la Grande, enviada evidentemente por Fanny.

Hasta media noche la casa estuvo en movimiento. Buteau había vuelto de un humor endiablado. Traía sinapismos para las piernas, una bebida para tomar de hora en hora, y una purga, en caso de necesidad, para el día siguiente. La Frimat les ayudó voluntariamente; pero á las diez, cayéndose de sueño, se acostó. Buteau, que deseaba hacer otro tanto, empujaba á Elisa. ¿Qué iban á hacer allí? Seguramente que con mirar al viejo no le aliviarían. Este entretanto deliraba, diciendo cosas sin sentido, como si estuviere trabajando en el campo como en los lejanos días de su juventud. Elisa iba también á seguir á su marido, que ya se estaba desnudando; pero antes quiso registrar los vestidos del enfermo, que estaban sobre una silla. Sacudiólos con cuidado, después de haber exami-

nado los bolsillos, en los cuales no encontró más que un mal cuchillo y yesca. Cuando los colgaba, vió sobre una tabla un paquetito de papeles. Le dió un vuelco el corazón: ¡el dinero! Allí estaba el dinero tan inútilmente buscado. Acaso el viejo iba á cambiarlo de escondite cuando cayó al suelo con el primer ataque de la enfermedad.

—¡Buteaul! ¡Buteaul!—llamó con la garganta oprimida.

Buteau acudió en camisa, creyendo que su padre espiraba.

Él también se quedó sin alientos. Después una alegría loca acometió á los dos, y se pusieron á saltar, olvidándose del enfermo, que volvía á delirar.

—¡Chist!—murmuró Elisa, volviéndose sobresaltada.

—¿Y él qué sabe?—respondió Buteau.—¡Ya oyes que no dice más que tonterías!

Sentáronse cerca de la cama. Buteau fué desdoblado los papeles, al mismo tiempo que decía:

—Doscientos treinta y setenta, trescientos justos. Yo había calculado bien..... Esto es tres por ciento. ¡Parece mentira que estos pedacillos de papel sean dinero de veras!

Pero Elisa le hizo callar de nuevo ante un murmullo del viejo, que volvía á su delirio.

Buteau se encogió de hombros.

Reinó el silencio. Los dos miraban los papeles reflexionando.

—¿Y qué?—acabó por murmurar Elisa;—hay que volver á ponerlos donde estaban.

Con un gesto enérgico rechazó Buteau la idea.

—Sí, sí; hay que dejarlos. Los buscará y nos armará un escándalo.....

Interrumpióse al oír al viejo llorar.

—¿Y tú crees—dijo violentamente Buteau—que voy á dejar los papeles á ese viejo loco? ¡Para que los rompa ó los quemé! ¡No, no!

—Es verdad.....

—Entonces, vamos á acostarnos..... Si él los pide, ya le contestaré.

Y se acostaron, después de haber escondido los papeles, dejando al viejo solo y á oscuras, que continuó sollozando en medio de su delirio.

Al día siguiente, el señor Finet le encontró más tranquilo y mejor de lo que esperaba. La fiebre que él temía parecía conjurada. Le cetó hierro, quinina, drogas de rico que consternaron de nuevo al matrimonio.

Al cabo de ocho días el señor Finet se asombró al ver á Fouan de pie, débil todavía, pero empeñado en andar. Y Buteau, detrás del médico, se reía con sorna y desprecio, porque había suprimido las recetas desde la segunda, diciendo que lo mejor era dejar á la enfermedad marchar sola.

Aquella noche Fouan se decidió á hablar. Desde que se había levantado andaba por toda la casa con aire ansioso, no recordando en dónde habría podido dejar sus papeles. Buscaba por todas partes y hacía desesperados esfuerzos de memoria. De pronto tuvo un vago recuerdo: acaso no los habría ocultado y se habrían quedado encima de la tabla. Durante dos días todavía luchó entre la rabia por aquella brusca desaparición y la necesidad en que estaba de no hablar. Los hechos, sin embargo, se precisaban, y recordaba que la mañana que le dió el ataque había puesto el paquete en una tabla que

había descubierto cerca del techo, mientras podía ocultarlo en otra parte.

Acababan de cenar, y Buteau, que esperaba la interpelación de su padre desde el día que éste se levantó, se decía que de ahora no pasaba: tan excitado le veía. En efecto, el viejo se plantó de pronto ante él.

—¿Dónde están los papeles?—preguntó con voz ronca.

Buteau entornó los párpados con aire de sorpresa como si no comprendiera.

—¿Qué decís?.... ¿de qué papeles habláis?

—¡Mi dinero!—gruñó el viejo.

—¡Vuestro dinero! ¿conque tenéis dinero?....

¡Pues no jurabais que no teníais ni un sueldo!

Fouan temblaba.

—¡Devuélvemelo!

—¿Que os lo devuelva? ¡qué sé yo de vuestro dinero!

—Tú me lo has robado; devuélvemelo, ó te lo hago soltar á la fuerza.

Y á pesar de su edad, le cogió por los hombros y le sacudió. Pero entonces el hijo se levantó y le cogió á su vez.

—Sí, yo los tengo, y los guardo.... Ya era tiempo de quitároslos, porque los ibais á romper.... ¿Verdad, Elisa?

—¡Oh, sí! cuando no se sabe lo que se hace....

Fouan quedó asustado. ¡Conque había querido romperlos como un chico que juega con estampas! Llorando murmuró:

—¡Devuélvemelos!

—¡No!

—¡Devuélvemelos, pues que estoy mejor!

—¡No, no; para que cualquier día encendáis con ellos vuestra pipa!

Y desde entonces los Buteau rehusaron obstinadamente desprenderse de los títulos. Inventaron una historia, y hasta enseñaron á la Frimat una punta á medio romper. Todo el mundo aprobaba su precaución, aunque sospechaban que mentían. Jesucristo se desesperaba: ¡decir que aquel dinero que él no había podido encontrar en su casa lo habían descubierto los otros en seguida! Pero él juraba que exigiría cuentas á su hermano así que muriera su padre. Fanny también decía que habría que hacer cuentas.

Fouan iba por todas partes contando el asunto y lamentándose de su suerte.

Un día entró con su tema en casa de su sobrina. Francisca ayudaba á Juan á cargar un carro de estiércol. Mientras que él abajo las llenaba, ella en lo alto recibía las espuelas y lo aplastaba con los pies para que cupiese más.

El viejo comenzó sus lamentos y añadió:

—¿Qué haríais vosotros?

Francisca le dejó repetir la pregunta tres veces. Al fin, muy disgustada y temiendo siempre choques con los Buteau, contestó:

—Ya sabéis, tío, que eso no nos importa y que estamos muy á gusto por haber salido de aquel infierno.

Y volviéndole la espalda, continuó su tarea, metiéndose en el estiércol hasta los muslos y desapareciendo entre aquellos cálidos vapores asfixiantes.

—¿Verdad que no estoy loco?—continuaba Fouan, sin parecer haber entendido.—Debían

devolverme mi dinero..... ¿Me creéis vosotros capaz de destruirlo?

Ni Francisca ni Juan contestaron.

—Porque habría que estar loco, y yo no lo estoy..... ¿verdad?

Bruscamente Francisca irguióse, sana y fuerte, como si aquel olor de fecundidad hubiese salido de ella. Con las manos en las caderas y el pecho robusto, era ahora una verdadera mujer.

—¡Basta, tío, basta! Ya os he dicho que no nos mezcléis en esos asuntos..... Y lo mejor sería que no vinierais por aquí.

—¿De modo que me echas?—preguntó el viejo temblando.

Juan intervino.

—No, es que no queremos cuestiones..... y las tendríamos si os vieran por aquí..... Queremos vivir tranquilos.

Fouan seguía inmóvil mirándolos. Al fin fué murmurando:

—Bueno; cuando tenga necesidad de un socorro, será menester que vaya á otra parte que á vuestra casa.

Y le dejaron ir, con el corazón oprimido, porque aun no eran malos; ¿pero qué hacer? No podían ayudarle.

Mientras que su marido iba á buscar su látigo, Francisca barría el estiércol caído y lo echaba en el carro.

Al día siguiente hubo una escena violenta entre Fouan y Butean. El viejo andaba siempre buscando dónde podrían haber ocultado sus papeles. Continuamente sus miradas iban de un rincón á otro en su única preocupación; y así que se encon-

traba solo, separaba á los niños y se lanzaba á sus pesquisas con la misma pasión del mozueto que se lanza sobre la criada así que desaparecen sus padres. Aquel día, entrando Buteau de improviso, vió á Fouan tendido en tierra y olfateando por debajo de la cómoda. Esto le puso fuera de sí, porque su padre se quemaba: lo que buscaba abajo estaba arriba oculto por el mármol.

—¿Qué hacéis ahí, viejo loco?

Y tirándole de las piernas, lo puso en pie.

Fouan, irritado por haber sido sorprendido, exclamó en un arrebato de cólera:

—¡Devuélvemelos!

—¡Dejadme en paz!

—Yo sufro aquí mucho, y me voy.

—Buen viaje.

Y cogiéndole por los brazos, le empujó hacia fuera.

## II.

Fouan bajó la pendiente. Calmada bruscamente su cólera, se detuvo abajo indeciso, sin saber á dónde ir. Daban las tres en la iglesia. Soplaban un viento frío que le hacía tiritar, porque ni aun había tenido tiempo de coger su sombrero. Al principio subió hacia Cloyes, y luego volvió hacia Rognes. Ante la casa de Macqueron tuvo idea de beber un vaso, pero no tenía ni un sueldo.

Cuando llegó al Aigre, se apoyó un momento contra el parapeto del puente. La idea de que se acercaba la noche le hizo estremecer. ¿Dónde dor-

mir? Buscaba confusamente. Cerrados sus párpados, pensaba en los sitios abrigados.

Maquinalmente atravesó el puente y se encontró delante de la pequeña granja de los Delhomme, y al apercibirse de ello dió vuelta á la casa para que no le viesen. Al pasar junto á la pared del establo oyó la voz de Fanny, sin que pudiera percibir lo que decía. Debía estar riñendo á alguna criada, porque su voz se alzó seca y dura, y la oyó, sin palabras groseras, decir cosas tan mortificantes, que la desgraciada se echó á llorar. Y sufría también, seguro de que si hubiera empujado la puerta, su hija le habría acogido con aquella áspera voz. Imagínose que repetía: «Papá ha de venir á suplicarnos de rodillas que le volvamos á admitir.» No, no, antes se moriría de hambre y dormiría en un foso. Alejóse penosamente.

Bien pronto se encontró en medio de las viñas, tratando de evitar el pueblo; pero sin saber cómo, pasó por al lado del castillo. La carrera le había sofocado, y se sentó reflexionando. Seguramente que si hubiera entrado á decir á Jesucristo: «Voy á demandar á Buteau; ayúdame», el vagabundo le habría recibido y habría habido una gran cena aquella noche. Llególe al corazón una brusca detonación de Jesucristo, y ya iba á empujar la puerta cuando le paralizó la aguda risa de la Trouille, que todavía le espantaba recordándola en camisa y registrándole las ropas. Huyó de allí.

Durante mucho tiempo anduvo á la casualidad, de acá para allá. Había obscurecido, y el viento helado le azotaba. Dieron las seis: todo el mundo debía estar comiendo en Rognes, y él sentía una debilidad en el estómago y en las piernas, que ha-

cía más lenta su marcha. Entre dos borrascas cayó un chaparrón tremendo que le puso hecho una sopa. Temblando de frío y de cansancio encontróse sin saber cómo en la plaza de la iglesia, delante de la antigua casa patrimonial de los Fouan, que ahora ocupaban Francisca y Juan. ¡Pero le habían echado de allí! La lluvia seguía cayendo. Habíase aproximado á la puerta de los Buteau, atraído por la necesidad física de comer y de encontrar calor; pero se detuvo al oír que hablaban.

—¿Y si no volviera el padre?—decía Elisa.

—Déjale; ya volverá cuando tenga hambre—respondió Buteau.

Acallando sus pasos apartóse de allí Fouan, sofocado por la vergüenza y resuelto á dejarse morir de hambre en un rincón. Volvió á bajar la pendiente, y se dejó caer sobre un tronco de olmo que había tendido delante del taller de Clou. Con su bastón entre las rodillas y su cráneo lavado por la lluvia, permanecía allí inmóvil, estúpido de tanta miseria. Dieron las nueve, y después las diez. La lluvia seguía cayendo y calándolo hasta los huesos. Vió aparecer y desfilar alguna linterna: era que salían de las veladas, y tuvo todavía una esperanza al reconocer á la Grande, que volvía sin duda de casa de los Delhomme. Levantóse con un esfuerzo que hizo crujir sus huesos, y la siguió, pero no llegó á tiempo de entrar al mismo tiempo que ella. Ante la puerta cerrada vaciló con el corazón desfallecido. Al fin llamó.

Hay que decir que llegaba en mala ocasión, porque la Grande estaba de un humor feroz desde que en la semana anterior le había ocurrido un desdichado accidente. Una noche que se encontra-

ba sola con su nieto Hilario, le mandó que partiera leña, y como él no lo hiciese de muy buena gana, comenzó á llenarle de injurias. Hasta entonces aquel bruto estúpido y contrahecho, de músculos de toro, había dejado á su abuela abusar de sus fuerzas sin atreverse siquiera á alzar los ojos sobre ella. Sin embargo, desde hacia algunos días ella habría debido desconfiar ante ciertos estremecimientos que él experimentaba. Para excitarle le pegó en la nuca con su caña. El dejó el hacha y la miró; pero ella fuera de sí le golpeó furiosamente. Entonces, bruscamente lanzóse sobre la vieja, que creyó que iba á ser pateada y estrangulada; pero no se trataba de esto: él tenía muchos apetitos desde la muerte de su hermana Palmira, y su cólera se tornó en una rabia de macho, no teniendo conciencia ni del parentesco, ni de la edad y apenas del sexo. El bruto violaba á aquella abuela de ochenta y nueve años. Pero sólida todavía é inexpugnable, la vieja no le dejó hacer, y cogiendo el hacha de un golpe le partió el cráneo. A sus gritos acudieron los vecinos y contó la historia con detalles: un momento más, y el bruto consuma sus deseos. Hilario no murió hasta el día siguiente. Vino el juez, verificóse el entierro, y á la sazón ya estaba más tranquila, pero lastimada por la ingratitude del mundo y resuelta á no hacer jamás ningún favor á su familia.

Fouan llamó tres veces. Al fin acudió la Grande preguntando:

—¿Quién va?

—Soy yo.

—¿Quién eres tú?

—Tu hermano.

—¿Y qué es lo que quieres?

Pero él temblaba y no contestó. Ella entonces abrió bruscamente; pero como él fuese á entrar, ella se lo impidió y le dejó en medio de la calle, bajo la lluvia que no había cesado.

—Ya sé lo que quieres..... Sé lo que sucede..... Has hecho la tontería de dejarte comer tus ahorros, y quieres que yo te recoja.

Y como viese que él trataba de excusarse, de dar explicaciones, se irritó.

—¡Si no lo hubiera advertido!..... Ya ves como te sucede lo que te predije: ¡te encuentras sin tener siquiera donde dormir!

Y como él, llorando, intentase entrar á pesar de ella, la Grande se mantuvo inflexible.

—¡No, no! vé á pedir una cama á aquellos por quienes te has despojado..... No quiero que me acuse la familia de mezclarme en sus asuntos.

Y cerrando violentamente la puerta, exclamó:

—Muérete ahí fuera.

Fouan quedó aturdido un momento.

¿A dónde fué luego! Jamás lo recordó después.

Al amanecer, Fouan salió de la somnolencia dolorosa que le había invadido. Pensó con vergüenza que su historia corría ya por el país y que todos le miraban como un pobre que anda mendigando por los caminos. Y se deslizó hacia la llanura, bajo la lluvia que seguía cayendo, temiendo que se abriese una ventana y le reconociesen en su miseria. Pasó todo el día huyendo de acá para allá, creyéndose á cada momento descubierto y cambiando de agujero. La única idea que le atormentaba era saber si sería muy largo morir de aquel modo. Más



que el frío le torturaba el hambre, y de esto moriría seguramente. ¡Mientras fué de día no se acordó! todo lo prefería á volver á casa de los Buteau. Pero así que llegó la noche, invadióle una gran angustia al pensar en otra noche bajo aquella lluvia pertinaz. Sentíase como anegado en aquellas tinieblas y dominado por el hambre; insensiblemente encontróse en la cocina de los Buteau, cuya puerta acababa de abrir.

Precisamente en aquel momento Buteau y Elisa acababan de cenar. Al ruido volvió aquél la cabeza y miró á Fouan silencioso. Al cabo de algún tiempo le dijo:

— Ya sabía yo que volveríais.

El viejo no contestó una palabra.

— Vamos, mujer, dale algo de comer, pues que le trae el hambre.

Ya Elisa se había levantado y le traía una escudilla de sopa. Fouan cogió la escudilla y fué á sentarse aparte en un taburete, como si no quisiera ponerse á la mesa con sus hijos, y ansiosamente devoraba á grandes cucharadas.

— Vamos, parece que el paseo al fresco os ha abierto el apetito. Pero no hay que repetir esto muy á menudo, porque costaría muy caro manteneros.

El viejo devoraba, devoraba sin hablar. El hijo continuó:

— ¡Qué modo de comer! ¿dónde habéis estado?

El mismo silencio.

— ¡Que os hablo yo! — acabó por gritar Buteau irritado. — ¡Bien podríais hacerme la cortesía de contestarme!

Fouan ni siquiera alzó de la sopa sus miradas sin expresión. Parecía ni oír ni ver, como si hu-

biera querido indicar que su vientre estaba allí, pero su corazón muy lejos.

Elisa, conmovida por aquella hambre, intervino:

— Déjale.

— ¡Es que no va á comenzar otra vez á reirse de mí! Por una vez, pase. Pero que os sirva de lección lo sucedido, porque á otra vez os dejo morir de hambre en el camino.

Fouan, habiendo terminado, dejó penosamente su asiento, y siempre mudo, volvió la espalda, dirigióse hacia su cama y se echó en ella vestido. Durmióse en seguida, y Elisa, que fué á verlo, volvió á decir á su marido que acaso estaba muerto. Buteau se encogió de hombros. Al día siguiente no se había movido, y por la noche dormía aún, y no se levantó sino después de treinta y seis horas de aniquilamiento.

— ¡Calla! — dijo Buteau; — ¿ya habéis despertado? ¡Y yo que creí que esto seguiría y que ya no comeríais más!

El viejo no le miró ni contestó, y salió al camino á tomar el aire.

Desde entonces Fouan pareció haberse olvidado de sus títulos; al menos no hablaba de ellos ni los buscaba, indiferente ó resignado. Jamás les dirigía la palabra. La vida era común, comía allí, dormía allí, con ellos estaba todo el día, y no les dirigía ni una palabra, ni una mirada, como si fuera una sombra deslizándose entre vivos. Elisa y Buteau dejaron también de mirarle y de hablarle, considerándole como un mueble y acabando por no notar siquiera su presencia.

En toda la casa Fouan no tuvo más que un

amigo, su nieto Julio, que acababa de cumplir nueve años, mientras que Laura, que tenía cuatro, le miraba con las miradas duras de la familia, y se desprendía de sus brazos burlona y rencorosa; Julio se sentaba en las rodillas del viejo y se llevaba muy bien con él, ayudándole en todo y acompañándose de él por todas partes, en sus juegos y en sus excursiones en busca de nidos. Aquella mano débil de niño entre las suyas, por los caminos de aquel país, donde ya no tenía tierra ni familia, era lo único que sostenía al viejo, lo que le hacía complacerse todavía algo en vivir.

Por lo demás, Fouan estaba como eliminado del número de los vivos. Buteau obraba por él, cobraba y firmaba, con el pretexto de que el viejo no estaba bien de la cabeza. Al cabo de un año, aunque declinando siempre, Fouan vivía á pesar de todo. Ya no era el viejo campesino, limpio, bien afeitado, llevando blusas nuevas y pantalones negros. En su faz descarnada no quedaba más que su gran nariz. Arrastrábase apoyándose en su bastón, con la cara cubierta por una barba blanca, larga y sucia, usando los vestidos viejos de su hijo; y tenía tan mal aspecto, que parecía uno de esos viejos mendigos que viven rodando por los caminos. En el fondo de aquella decadencia sólo quedaba la bestia, entregada por completo al instinto de vivir. Lanzábase con voracidad sobre la comida, y hasta le arrebatava al pequeño Julio sus golosinas como éste no las defendiera. Buteau le acusaba de haberse pervertido en el castillo, y era verdad, porque la compañía de Jesucristo había hecho nacer en aquel anciano campesino sobrio el ansia de las bebidas y la glotonería. Guar-

daba siempre un silencio trágico; pero cuando su escudilla no estaba muy llena, cuando se llevaban el vino sin darle, fijaba sus miradas en Buteau con la rabia impotente de su apetito. ¿Querían hacerle morir de hambre?

No había vuelto á casa de los Delhomme por una obstinación de su orgullo, y sin embargo no le impresionaban los malos tratamientos de Buteau, y no pensaba siquiera en sus otros hijos: ¿para qué? Fanny, cuando le encontraba, pasaba sin mirarle, habiendo jurado que no le hablaría la primera. Jesucristo, mejor hijo, después que se le pasó el rencor por haberle abandonado, hasta llegó á emborracharle una tarde en casa de Macqueron. Con frecuencia veía también á la Trouille con sus gansos: ella se detenía y hablaba con él un momento; pero una mañana notó Fouan que le había robado su pañuelo, y desde entonces, así que la veía comenzaba á blandir su garrote. Ella se reía y lanzaba sus gansos sobre el anciano, y no le dejaba hasta que cualquier transeunte le daba un pescozón afeándole lo que hacía con su abuelo.

Hasta entonces, sin embargo, Fouan había podido andar, y esto era un consuelo, porque todavía le inspiraba interés la tierra y podía ir á ver sus antiguos terrones, pasándose horas enteras apoyado en su bastón, abstraído en la muda y confusa contemplación de lo que había sido suyo. Invadiale una gran tristeza á la idea de que ya no lo era y de que de ella no había guardado ni un sueldo ni un bocado de pan.

Pero hasta ese último interés que tomaba en vivir se iba con la fuerza de sus piernas. Bien pronto le costó trabajo andar, y apenas si se apar-

taba del pueblo. Con frecuencia pasábase una tarde entera sentado en una piedra, tomando el sol, inmóvil y con los ojos muy abiertos. Las gentes que pasaban no le hacían caso, pues ya le consideraban como una cosa. Hasta la pipa le fatigaba. No sentía más deseo que el de no cambiar de sitio. Aquello era, después de la muerte de la voluntad y de la autoridad, la última decadencia, la vida animal en la agonía de su abandono. Por lo demás, ni siquiera se quejaba por ese abandono: los viejos no sirven para nada. El mismo había deseado la muerte de su padre.

Todavía le faltaba un sufrimiento. Julio se disgustó de él, conquistado por la pequeña Laura. Esta, cuando le veía con el abuelo, parecía celosa y le llamaba. Aquel viejo les fastidiaba: más divertido era jugar juntos. Y si su hermano no la seguía, le cogía por un brazo y tiraba de él.

Una tarde Fouan había ido á esperar á Julio á la puerta de la escuela, tan cansado, que había pensado en él para que le ayudara á subir la cuesta; pero Laura salió con su hermano, y cuando el viejo buscaba la mano del niño, se echó á reír diciendo á éste:

—¡Déjale!

Luego, volviéndose á los otros pilluelos:

—¿Verdad que es una tontería irse con el viejo?

Entonces Julio se puso colorado y queriendo echarla de hombre se escapó de un salto, diciendo á su abuelo:

—¡Me fastidias!

Asombrado y con los ojos llenos de lágrimas, Fouan vaciló como si la tierra le faltara al faltarle aquella mano que le negaba. Aumentaron

las risas, y Laura obligó á Julio á bailar alrededor del viejo cantando una canción infantil.

Fouan, desfallecido, tardó cerca de dos horas en volver á su casa. Aquello fué el fin: el niño dejó de llevarle su sopa y de hacerle la cama, cuyas pajas no eran movidas más que una vez al mes. No teniendo ya ni siquiera aquel pequeño con quien hablar, sumióse en el silencio absoluto, y su soledad fué completa. Jamás una palabra sobre nada, á nadie.

### III.

Habían comenzado las labores de primavera, y Juan, una fría tarde de Febrero, acababa de llegar con su arado á su gran pieza de la llanura, donde aun tenía que echar dos buenas horas de trabajo. Era un trozo que quería sembrar de trigo, una variedad escocesa, un ensayo que le había aconsejado su antiguo amo Hourdequin, poniendo á su disposición algunos hectolitros de semilla.

Juan comenzó su tarea lanzando á su caballo el grito ronco con que lo excitaba:

—¡Hep!

Las lluvias y el sol habían endurecido la tierra, que crujía al penetrar en ella la reja. Algunas veces un obstáculo, una piedra producía una brusca sacudida.

—¡Hep!

Y Juan, con sus brazos extendidos, cuidaba de la perfecta rectitud del surco, que parecía trazado á cordel; mientras que su caballo, con la cabeza